

LIBBY SCOTT REBECCA WESTCOTT

TALLY,

te hacen

LA

encajar

NIÑA

orgullosa de

TIGRE

destacar



Duomo ediciones



Para mamá. Gracias por comprenderme y ayudarme a que me comprendiese yo misma. Este libro también está dedicado a todas las chicas que sienten que no encajan. ¡Destaca y sé valiente!

—Libby

A Adam, que desde el glorioso primer día me ha animado a mirar arriba, al cielo, en vez de abajo, a los pies.

—Rebecca



CAPÍTULO 1

Mira arriba. Venga, ahora mismo. Alarga el cuello y mira tan alto como puedas y un poco más. Ahí es adonde tendrás que mirar si quieres ver a Tally Olivia Adams. Allá arriba, donde comienza el cielo. Allá arriba, donde la única regla es la ley de la gravedad. Allá arriba, donde el mundo se ve pequeño y no tan importante. Allá arriba, donde las posibilidades son infinitas.

Es una de esas tardes típicas de los últimos días de verano. Mullidas nubes blancas se apresuran por el cielo azul pálido y el aire tiene un punto fresco, nuevo. Un día normal en una calle normal en el jardín trasero de una casa normal que pertenece a una familia totalmente normal. Vuelve a leer esta última frase en voz alta para ti misma. Es curioso cómo, si la pronuncias el suficiente

número de veces, la palabra «normal» empieza a parecer de todo menos eso.

Bueno, pues es un día normal. Pero la chica que está sobre el techo de la caseta del jardín no es normal en absoluto. Es una guerrera, feroz y valiente, que estudia el terreno que tiene ante sí. Es una escaladora que ha hecho una pausa para recuperar el aliento después de alcanzar la altísima cumbre del Everest. Es una trapecista, justo antes de dar el primer paso en la cuerda floja y alucinar a la multitud que tiene debajo.

Su pie derecho se eleva en el aire. Tiembla ligeramente mientras contempla la caída. Un mal paso y todo habrá acabado.

—¡Eh! ¡Baja de ahí!

El grito hace que Tally se tambalee y, por una décima de segundo, parece que vaya a caerse. Pero entonces su pie entra en contacto con el techo y baja hasta el dintel. Se sienta con las piernas colgando.

—Casi has hecho que me caiga. —Tally mira acusadoramente a Nell—. ¿Es que quieres que me mate?

Nell se lleva las manos a las caderas.

—Parece que de eso ya te encargas tú sola. ¿Qué estás haciendo? Ya sabes que, desde la última vez, mamá y papá te han prohibido subir ahí.

Tally se encoge de hombros.

—Es el lugar perfecto para mí. Estoy ensayando lo que me enseñaron la semana pasada en la escuela de circo. Y es el único sitio en el que puedo pensar.

—Estás de vacaciones. —Nell da golpecitos en el suelo con un pie, impaciente—. No hay nada que pensar, así que baja.

Tally se pregunta si su hermana siempre ha tenido tan poca imaginación o es algo que sucede de repente al comenzar el instituto. De ser así, siente aún menos ganas de que acabe esta semana y empiece septiembre.

—¿Es cierto que te meten la cabeza en la taza del retrete cuando llegas a séptimo? —le pregunta a Nell—. Porque, si lo es, seré incapaz de beber nada en todo el día por si eso me hace tener que ir al lavabo, lo que significa que estaré muy deshidratada y el cerebro no me funcionará bien y suspenderé todos los exámenes. Y ni siquiera será culpa mía; solo quería estar bien lejos de los lavabos.

Nell suelta un gruñido.

—Se lo hacen a la gente que habla de más y nunca sabe cuándo callarse.

Una cálida brisa barre el jardín y levanta las hojas caídas. La semana pasada no estaban, y su color rojo bermejo contra la alta hierba verde es un recordatorio de que el

verano no va a durar para siempre. Sus días en casa están contados.

—¿Qué pasa si me pierdo? —La voz de Tally suena tranquila.

Nell se aparta el pelo de los ojos, que entorna para mirar al techo.

—Entonces el monstruo de dos cabezas que vive en el armario del conserje te encontrará —dice en tono tan amenazador como puede—. Y te va a llevar a rastras adentro y te va a tener secuestrada entre las escobas y los mochos y los cubos. Y tendrás que quedarte en la escuela el resto de tu vida.

Tally ni siquiera parpadea. Los monstruos inventados no le dan miedo. Está segura de que hay cosas mucho más terroríficas en los pasillos del instituto que una bestia de dos cabezas.

—Venga ya, Tally. —Nell se está impacientando—. Baja de ahí. No tengo ningunas ganas de que mamá y papá me suelten otro sermón sobre por qué tengo que vigilarte siempre, como si fueras un bebé o algo así.

—No soy un bebé. Y no te pedí que vinieras. —Tally mira a Nell desde arriba—. Vete y haz como que no me has visto.

—Tienes suerte de que haya sido yo y no ellos. —Nell

frunce el ceño y se imagina la discusión si sus padres hubieran visto a su hija menor subida al techo de la caseta.

Tally niega con la cabeza. No le parece que pueda considerarse suerte que la aburrida, pesada y quejica Nell le esté estropeando su tiempo de pensar.

—Te van a castigar una semana si te ven ahí arriba —la avisa Nell de nuevo—. Si creen que no pueden fiarse de ti, ni siquiera te dejarán salir al jardín.

Tally aparta la vista de su hermana mayor y mira más allá de la verja del jardín, a la calle. Sabe que si se pone en pie podrá ver por entre las casas hasta el parque. Más lejos de lo que puede llegar Nell. Allí arriba no pesa, es libre. Lo opuesto de estar castigada.

—¿Dónde están mamá y papá? —le pregunta a Nell.

Esta mira atrás, hacia la casa, que está casi oculta por el manzano que se encoge por el peso de tanta fruta sin recoger. Este verano el jardín entero se ha convertido en una selva.

—Están en la puerta delantera, hablando con la señora Jessop y su asqueroso perro —le responde a Tally—. No sé cómo puede sacarlo a pasear con esa pinta que tiene. Da vergüenza.

—No es culpa de Rupert tener solo tres patas. —A Tally no le impresiona precisamente la actitud de Nell—.

No seas asquerosa tú. Piensa en cómo te sentirías si te faltara una pierna. No te gustaría que la gente pensara que eres «asquerosa», ¿verdad?

Su hermana mira al infinito.

—Como quieras. Pero tampoco saldría. No obligaría a los demás a ver mis rarezas. Y ahora, baja antes de que vengan y te vean.

Nell espera recibir respuesta, pero Tally no la escucha. Se pone en pie y hace equilibrios en el techo. Se protege los ojos haciendo visera con una mano y mira a lo lejos.

—Parece que en el parque han montado una feria. Hay un montón de gente y de caravanas, y veo un camión que parece llevar detrás una pista de autos de choque.

—¿Qué? —Nell vuelve a mirar a Tally con los ojos entornados—. No puede ser. Faltan meses para la feria. Y, por favor, baja antes de que te caigas y me echen la culpa.

—No voy a caerme. Y estoy viendo la feria.

—¿Estás segura? —Nell se pone de puntillas, tan alto como puede, y mira en dirección al parque, pero no ve nada.

La feria es una de las pocas cosas en las que las dos están de acuerdo que es buena. No importa que Nell tenga catorce años y Tally solo once; cuando llega la feria las dos se emocionan por igual.

Tally se planta aún más firmemente y se inclina hacia delante. Intenta identificar los diferentes tráileres sobre los que se encuentran las atracciones ambulantes.

—Creo que veo la noria. Y hay algo que podría ser parte del tiovivo. Parece uno de los caballitos.

Oye un ruido abajo y, de repente, la cabeza de Nell asoma por encima de la escalera.

—¿Dónde? ¿Estás segura de que van a montarla en nuestro parque? —Su voz es ansiosa y a la vez aprensiva. No sería la primera vez que Tally se equivoca.

—Si no me crees, mira tú misma. —Tally extiende un brazo hacia la distancia.

Se produce un momento de duda, pero entonces Nell trepa los últimos peldaños y sube al techo, donde se encuentra Tally.

—Sigo sin ver nada.

—¡Yo veo la casa encantada! —Mira hacia abajo a Nell, con una amplia sonrisa en su rostro—. ¡En serio!

Para la hermana mayor, aquello es demasiado. Se pone en pie y se coloca junto a Tally en el dintel, alarga una mano y agarra la de su hermana tan fuerte que esta siente cómo la sangre de sus dedos palpita y susurra.

—¡Tienes razón, es la feria!

—Ya te lo he dicho. —A Tally no le importa la poca

confianza que le demuestra Nell: desde el principio estaba segura de tener razón.

La contemplan juntas mientras, en el parque, los operarios abren los camiones y sacan y montan la maquinaria. Casi parece magia cómo esos pedazos de metal tan ordinarios y burdos encajan y crean algo tan brillante.

—Perdona que haya sido tan borde al hablarte de los primeros días de séptimo —murmura Nell—. No tienes de qué preocuparte, Tally. Te ayudaré si lo necesitas, y la verdad es que no da tanto miedo. Te prometo que nadie te va a meter la cabeza en la taza del váter. Todo irá bien. La escuela da menos miedo que la casa encantada, que a ti no te asusta.

Tally no responde. Lo que ha dicho Nell es un comentario muy ignorante, y a veces lo mejor es ignorar los comentarios ignorantes. No se puede comparar la casa encantada con la Academia Kingswood. No tienen nada que ver.

La casa encantada es la preferida de Tally y Nell, y siempre van juntas. A Tally le apasiona la mezcla de música de miedo y extraños efectos de sonido y que, no importa cuántas veces hayan estado, el siniestro y ruidoso esqueleto siempre la haga saltar en su asiento cuando hacia el final se precipita sobre ellas. Pero lo que más le

gusta de todo son las reglas escritas en una pancarta a la entrada:

No salir de la vagoneta.

Mantener las manos dentro de la vagoneta.

No comer ni beber en la vagoneta.

A Tally no suelen gustarle las reglas, sobre todo si son otros quienes las ponen. Pero estas son diferentes. Parecen útiles y seguras. Y, a fin de cuentas, la casa encantada es de mentira.

En cambio, la Academia Kingswood es real. Y sabe que, aunque tienen montones de reglas, las que cuentan de verdad no están escritas en ninguna parte.

—Tenemos que convencer a mamá y a papá de que nos dejen ir a la feria —dice Nell mientras aprieta la mano de Tally—. O sea, que no podemos dejar que nos encuentren aquí.

Tally quiere ir tanto como Nell, así que permite que su hermana la empuje suavemente hasta la escalera y de vuelta a tierra firme.

Fecha: Viernes, 29 de agosto

Situación: Vacaciones de verano

Cómo me siento: Relajada pero un poco nerviosa. El verano no puede durar para siempre, ¿verdad?

Nivel de ansiedad: Un tranquilo 3 con asomo de 4 cuando pienso en que voy a empezar séptimo la semana que viene.

Querido diario:

Me llamo Tally. Bueno, en realidad me llamo Natalia, pero mis amigos me llaman Tally y mi familia también. Voy a hablarte de mi familia. Vivo con mi madre, Jennifer; con mi padre, Kevin, y con la pesada de mi hermana mayor, Nell. Siempre cree que tiene la razón, y hasta cuando la tiene yo hago como que no.

Mamá me ha dado este diario para que escriba cómo me siento. Dice que puede ayudarme a entender qué hago (o no hago) en diferentes situaciones, sobre todo cuando estoy ansiosa o tengo miedo (por cierto, eso me pasa mucho).

Una cosa que mejor que sepas de entrada es que soy autista. Tengo autismo.

A veces el autismo me hace ir un poco por detrás de los demás, pero mis padres dicen que es un superpoder. Quiero creérmelo. Pero el resto del mundo aún no sabe qué hacer con nosotros. Al parecer, algunos creen que ser autista

es como pertenecer a otra especie. Hay gente que me trata como si yo fuera extraterrestre. Solo quiero que se comporten conmigo como con cualquier otra persona de once años. Aunque reconozco que lo que a veces hace que la gente me trate diferente es que casi siempre llevo una máscara de tigre. Me hace sentir segura y a salvo. Cuando llevo la máscara no tengo que mirar a los ojos (¿por qué la gente está tan obsesionada con eso?) o forzarme a sonreír. Con ella no puedo pillar microbios, y la gente normalmente me deja en paz cuando la llevo. ¡Todo perfecto! Pero a Nell no le gusta mucho. Le da mucha vergüenza cuando la llevo en público. Una vez intentó escondérmela. La máscara es la archienemiga de Nell. Me encanta. *risa malvada*

Hay unas cuantas cosas sobre mi autismo que quiero que sepa la gente. Llamémoslos pros y contras del autismo. Voy a escribirlos en el diario tal como se me ocurren. (Un día voy a enseñárselo al mundo para que vean el autismo desde otra perspectiva).

Datos sobre el autismo de Tally: cuestiones sensoriales

Pros: Tengo mejor memoria, olfato, vista, tacto, oído y a veces gusto que otros (¡como he dicho, el autismo es un superpoder!). Puedo oír una canción y tocarla al instante en mi tecla-

do o mi ukelele, puedo imitar voces (a veces eso me trae problemas), y recuerdo dónde y cuándo compramos cada uno de mis peluches (tengo más de cien). Casi siempre me acuerdo de celebrar los cumpleaños de todos, menos una vez que me olvidé el de Billy (y después me sentí fatal).

Contras: Siento hasta los más pequeños detalles y me molestan muchísimo. Las costuras en los calcetines, una miga en el zapato, las etiquetas de la ropa. Si vamos de vacaciones y la colcha no es exactamente como la de casa, no puedo dormir por los bultos. Mamá dice que soy como la princesa en el cuento de la princesa y el guisante. Tener tan buen oído no siempre es bueno. Me hace imposible no escuchar lo que dicen los demás, hasta cuando estoy arriba en mi habitación. Y cuando se trata de mamá y papá discutiendo sobre mí es aún peor (aunque también más interesante). Pero cuando les cuento lo que he oído me acusan de espiarlos y me duele porque no puedo evitarlo.

CAPÍTULO 2

—Pincha. —Las palabras se deslizan por entre los dientes apretados de Tally—. Quiero quitármelo.

—Si me ayudas, acabaremos enseguida. —Mamá mira arriba desde su posición en el suelo—. Y después podemos comer un trozo de pastel de chocolate como recompensa. ¿Qué te parece?

Tally mantiene los brazos totalmente cruzados delante del pecho. No es tonta, y sabe tan bien como mamá que esto no tiene nada de rápido. El resto de su nuevo uniforme escolar está doblado en la punta de la cama; aún tienen que probar la falda y la sudadera y los zapatos que mamá acabó comprando sin ella porque, como Tally la oyó decirle a papá, no le quedaba energía para, además de todo, lidiar con un desastre en la zapatería.

Tampoco habría supuesto ninguna diferencia que Tally la acompañara y se probase los zapatos. Seguirían haciéndole daño, fuese como fuese. Los únicos zapatos que no hacen que sienta los pies atrapados y le duelan son sus cómodas y viejas zapatillas de deporte, pero, según dice Nell, en el código de vestimenta de la Academia Kingswood no se contempla calzado deportivo sucio y asqueroso. Fue por completo culpa de Nell que una de esas supuestamente asquerosas zapatillas acabara rebotando en su cabeza, y Tally sigue pensando que el hecho de que le hayan quitado el iPad toda la noche fue un castigo injusto y desproporcionado.

—¿Puedes apartar un poco los brazos?

—No puedo. Se han quedado pegados.

Mamá suelta una breve risa.

—Bueno, pues, por suerte para ti, resulta que aquí mismo tengo una poción despegadora mágica. —Le pasa un dedo por el brazo—. Listo. Ya puedes moverlo.

—No puedo. —Tally niega con la cabeza—. No existen las pociones despegadoras mágicas. Sigo teniendo los brazos pegados. No puedo hacer nada.

—Lo estás haciendo muy bien —dice mamá en tono tranquilizador, aunque Tally nota que está haciendo un esfuerzo—. Un par de minutos más y ya está. Solo tengo

que abrochar los botones y ver que la talla sea correcta.

Tally siente la rugosa tela contra su piel y se contiene de soltarle un grito a mamá. Le pica y le da demasiado calor. No puede imaginarse ni por un segundo cómo esperan que alguien lleve algo tan inflexible, y tampoco entiende qué necesidad hay de hacerlo. Va a empezar séptimo, no se va a la guerra...

... a menos que haya algo que no le han contado, algo que no sería ninguna sorpresa porque Tally sospecha que hay muchas cosas de las que hablan papá y mamá cuando ella no está para oírlas. Como, por ejemplo, qué van a hacer con ella. Se siente como Tally, el Problema Perpetuo.

Más allá de la ventana de la habitación, el cielo se oscurece. Al contrario que el primer día del verano, el último día de vacaciones no está preñado de posibilidades. No sabe a helado o huele a hierba cortada y sol. Si el primer día de verano es la esperanza, el último es la desazón, y lo sabe. La lluvia golpea contra el cristal y, al mirar por los agujeros de su máscara, Tally ve como su reflejo le devuelve la mirada y las gotas de lluvia por fuera de la ventana imitan las lágrimas que descienden en silencio por sus mejillas.

Se las traga y levanta las manos para bajarse un poco la máscara. No quiere llorar. No ha elegido las lágrimas.

Pero mover los brazos ha sido un error. Mamá entra en acción, le alisa la camisa y mete los botones en sus ojales. La tela ahoga el cuello de Tally durante un horrible momento, y piensa que se ha olvidado de cómo hacer que le entre aire en los pulmones. La silla se viene atrás ruidosamente cuando se suelta de las manos de su madre.

—¡Tally! —Mamá se levanta, con la cara toda roja—. ¡La camisa! —Ella abre los puños y ve que tiene un montón de botones en las palmas de las manos. El resto de la camisa está arrugada y hecha una bola en el suelo, al lado de su propietaria, igualmente arrugada y hecha una bola.

—Te avisé de que iba a pincharme. —Tally tiene la cabeza entre las rodillas. Su voz suena como a través de un filtro—. Te avisé.

Mamá respira hondo y se sienta a su lado. Cerca pero sin tocarla.

—Sé que me lo dijiste. Debería haberte escuchado —dice, sin alzar la voz—. Por hoy ya no tendrás que volver a probarte el uniforme. Hemos acabado. Listos.

—No quiero llevarlo mañana. Es horrible y pincha y si me lo pongo no voy a poder caminar ni prestar atención en clase ni comer nada ni siquiera respirar. —Tally se aprieta aún más contra las rodillas y siente la fresca goma de la máscara contra el rostro.

—Te entiendo. —A veces mamá no tiene soluciones. Tally lo comprende. A veces lo único que mamá puede hacer es entender—. Puedo arreglar los botones —dice ahora, sin levantar la voz.

—Que se mueran los botones.

—Por la mañana todo será más fácil.

No es cierto. Pero a veces, cuando Tally está especialmente cansada, es más fácil simular.

—Siento ser un problema tan grande —susurra, tan bajito que las palabras apenas salen por la boca de la máscara. Pero mamá la oye igualmente.

—Ay, Tally —dice ella—. Siento mucho haber hecho que te sientas así. Eres mi chica gloriosa, fiera, fabulosa, y te quiero hasta el fin del mundo.

Tally mira a mamá. Sus ojos brillan tras la máscara.

—¿No me cambiarías por otra si pudieras?

Mamá sonrío y niega ligeramente con la cabeza.

—Ni se me ocurriría cambiar nada de ti. Eres absolutamente perfecta tal como eres.

La niña se queda inmóvil y examina la cara de su madre. Se asegura de que no muestra ni una sombra de duda; a veces cree que, de ser al revés, ella sí querría cambiarla por otra hija.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Mamá sonrío—. ¿Quieres que te abrace?

Tally asiente. Mamá se acerca más y le pasa el brazo por los hombros. Se quedan un rato en silencio hasta que el ruido de la puerta de entrada interrumpe la paz.

—Será Nell —dice mamá, que se levanta del suelo y deja los botones sobre la cama—. ¿Vamos a la cocina a comer algo? ¿Chocolate, ya que es el último día de las vacaciones?

A partir de mañana se va a acabar ir al parque con mamá o ver películas con Nell en los días de colegio. Igual el chocolate consigue que se sienta un poquito mejor.

Pero niega con la cabeza, de un lado a otro, y suelta un pequeño rugido.

—Los tigres no comen chocolate. Son carnívoros y casi siempre comen carne. Y cazan lo que comen. Pero no se puede cazar una barrita de chocolate, ¿no? —Hace una pausa. Es evidente que, tras la máscara, está pensando muy seriamente—. A menos que ataras un cordel a la chocolatina y la arrastraras por el jardín y yo podría seguirla sin que me viera y saltar sobre ella cuando menos lo esperase.

Mamá hace un ruidito que suena sospechosamente a «vaya tontería» pero que acaba en un carraspeo.

—Parece que los tigres no son muy fans del chocolate. ¿Y un trozo de antílope? Estoy bastante segura de que a los tigres les gusta.

Tally se levanta y se retira la máscara.

—Me parece que en realidad, en realidad —dice, pisando la camisa del cole—, sí que me apetece mucho un poco de chocolate.

CAPÍTULO 3

Hay gente por todas partes. Aúllan como una manada de hienas. Parece como si cada uno quisiera ser el que grita más. Y se ríen como si todo fuera un chiste.

A lo mejor sí que es un chiste. Pero, si lo es, Tally no lo entiende. No hay nada de divertido en el ruido que le llega como una tromba de agua desde el patio de cemento, en andanadas, y le golpea los oídos hasta que solo quiere salir corriendo. No le importa adónde ir; en cualquier otro lugar estaría mejor. El corazón le late a toda velocidad y le tiemblan las piernas, como siempre que está aterrorizada y quiere huir.

La escuela no tendría que dar miedo, pero Tally sabe que no existe otro lugar más terrorífico.

—Tienes que ir a recepción. —La voz de Nell emerge

por entre el trueno—. Lo primero que tienen los nuevos alumnos de séptimo es una reunión. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

La niña vuelve a fijar la atención en su hermana. Nell apoya su peso ahora en un pie, ahora en el otro, y mira hacia la puerta, por donde entran montones de niños en el patio. Tally se pregunta si los nuevos zapatos para la escuela de Nell le harán tanto daño como a ella le hacen los suyos.

—Sé dónde está recepción y sé dónde está mi grupo porque vine en esos días extra de visita, en vacaciones, con mamá —dice, y Nell le dedica una sonrisa de aprobación—. Pero no había tanta gente.

La sonrisa se convierte en un ceño fruncido.

—¿Conoces a alguien aquí? Si no me doy prisa, no voy a poder quedar con Rosa.

—Mamá te dijo que te aseguraras de que llego bien al colegio. —Tally mira fijamente, con pánico en los ojos, a su hermana mayor—. Te dijo que hoy tenías que cuidar-me y tú le dijiste que sí.

Nell suspira.

—Y eso he hecho. Te he dejado que me acompañes.

—Pero todavía no he llegado del todo al colegio, ¿no?
—señala Tally. Se ajusta la tira de la mochila e intenta res-

pirar hondo, como se supone que tiene que hacer cuando nota que algo le empieza a dar demasiado miedo—. Aún estoy fuera. Me podría pasar cualquier cosa.

Nell no la escucha. La coge de la mano y señala al otro lado del patio, donde acaba de entrar un grupo de niñas.

—Mira, ahí están Layla y Ayesha y esa otra con la que jugabas, ¿cómo se llamaba?

Tally mira.

—Es Lucy.

Nell sonríe.

—¡Perfecto! Ya tienes tres amigas con las que ir a recepción. Estarás totalmente protegida con ellas. —Y le da un empujoncito—. Nos vemos después, ¿de acuerdo?

No es una pregunta de verdad, porque antes de que Tally pueda contestar que no, que no está ni de lejos de acuerdo, su hermana ha salido corriendo por el patio y se ha esfumado.

Empieza a aletear con las manos, pero las pega al cuerpo antes de que nadie se dé cuenta. Le pasa mucho cuando está muy estresada o emocionada, pero aquí, delante de todos los demás alumnos, no puede hacerlo.

Vuelve a mirar a las tres niñas. Nell tiene razón. Layla es su mejor amiga y tenía muchas ganas de verla. Ha de ser valiente y cruzar el patio. Avanza lentamente, sufrien-

do por dentro, mientras el ruido aumenta y es cada vez más alto y agudo.

—Hola. —Habla tan bajo que nadie la oye. Carraspea y vuelve a intentarlo—. Hola a todas.

—¡Tally! —Layla se da la vuelta y se le dibuja una gran sonrisa—. ¡Me alegro mucho de verte! ¡Este lugar es inmenso!

—¿Has pasado unas buenas vacaciones? —le pregunta Ayesha—. ¿Has hecho algún viaje?

Tally asiente y nota que el corazón ya no le late tan rápido. Todo va a ir bien. Puede superarlo. Lo tiene todo bajo control. Sabe estar con otra gente. Lleva desde que era muy pequeña observándola y aprendiendo.

—Claro. —Se quita la mochila y la deja en el suelo, a su lado—. Fuimos una semana a la playa y me hice amiga de todos los gatos que venían al jardín donde estábamos. Les di de comer cada día y estaban muy tranquilos. Y cuando volvimos mamá me apuntó a la escuela de circo. —Abre los brazos y sonrío a sus amigas—. ¡Tengo un título de artista de circo! ¿A que mola?

Lucy ríe y niega con la cabeza.

—Tú sí que molas —le dice—. Y no has cambiado nada desde el curso pasado.

Tally se la queda mirando, confusa.

—Pero eso solo fue hace seis semanas. Nadie cambia en seis semanas.

Lucy ladea la cabeza y le dedica una pequeña sonrisa.

—Hay gente que sí, si les pasa alguna cosa muy muy importante.

—¿De qué habláis? —Ayesha suena confusa. Tally se alegra de que lo pregunte, para no tener que hacerlo ella misma—. ¿Qué cosa muy muy importante?

Lucy da un paso adelante y les hace un gesto para que se acerquen.

—Si os lo digo, debéis prometerme que no lo contaréis.

—¡Te lo prometemos! —exclaman a la vez Layla y Ayesha. Tally no dice nada porque aún no sabe cuál es el secreto y no estaría bien hacer una promesa que no sabe si va a poder cumplir.

Lucy mira ligeramente hacia atrás para asegurarse de que no haya nadie escuchando.

—Vale, os lo cuento porque veo que estáis muy desesperadas. Pero no podéis decirle ni una palabra de esto a nadie, ¿vale? —Hace una pausa. Los ojos le brillan de la emoción antes de pronunciar su gran revelación—. ¡Luke me ha estado mandando mensajes todo el verano!

Ayesha y Layla empiezan a saltar risitas y grititos, y Lucy les dedica una gran sonrisa.

—¿Luke? ¿En serio? —exclama Layla, y entonces mira a su alrededor con expresión culpable—. ¡Perdón! ¡Pero es alucinante!

—¡OMG! —chilla Ayesha, tapándose la boca abierta con una mano—. ¡Está colado por ti! ¡Seguro que te pide salir, Lucy!

Tally da un paso atrás y hunde los hombros. No era para tanto. Ni siquiera están hablando de nadie importante. Están hablando de Luke. El mismo Luke que una vez le chutó un balón a la cabeza. El mismo Luke que la llamaba cosas feas cuando entraba en el aula.

«¡Alerta friki!», decía, siempre lo bastante alto como para que lo oyeran todos menos el profesor. Tally quiere creer que Luke habrá crecido un poco, ahora que van a séptimo.

Layla coge a Lucy de la mano y se pone a dar saltitos.

—¿Qué vas a contestarle? ¿Esperará a que estés sola para pedírtelo, o te lo dirá delante de nosotras? ¡Me muerdo si te lo pide al mediodía en el comedor!

—¡Y yo! —chilla Ayesha. Las dos vuelven la cabeza para mirar a Tally, que se da cuenta de que esperan que diga algo.

—Y yo —repite ella.

Es terrible. Tally esperaba hablar de montones de co-

sas hoy, pero ese horrible Luke no era una de ellas. No le va a resultar fácil hacer como que le emociona el que le envíe mensajes a Lucy.

—¿No te parece, Tally? —pregunta Layla, sonriente. La conversación ha avanzado y ya no tiene ni idea de qué hablan ahora. El ruido del patio ha aumentado y huele los tubos de escape de la calle. Se siente un poco asqueada. Pero sonríe a sus amigas y asiente con entusiasmo.

—¡Total! —dice.

Debe de ser la respuesta correcta, porque todas ríen y Layla le da un codazo cómplice en el brazo.

—¡Este va a ser el mejor curso de todos, seguro! —afirma Lucy, convencida.

Pero lo único de lo que Tally está segura es de lo mucho que le duelen los pies con los zapatos nuevos, que le aplastan el dedo gordo. Cada vez le molestan más, que es lo contrario de lo que le había dicho mamá, que se irían volviendo más cómodos a medida que los llevara y para cuando llegara al colegio ni los notaría.

Mamá le ha mentado.

Se sienta en el suelo y se quita uno. Suspira aliviada cuando sus dedos quedan en relativa libertad, aunque aún queda la cuestión del horrible calcetín, así que también empieza a sacárselo, enrollándolo hacia abajo.

—¿Qué haces? —murmura Layla.

Tally mira arriba. Las niñas la rodean y apenas puede ver el cielo más allá de las caras que se precipitan sobre ella, las bocas abiertas y los ojos de par en par.

—Vuelve a ponerte el calcetín.

Tally parpadea fuerte e intenta ignorar el nudo que se le forma en el estómago cada vez que le dicen que tiene que hacer algo. Está en el colegio. No tiene que montar uno de sus numeritos.

—No puedo. Ya sabéis que los zapatos nuevos hacen que me duelan los pies. Por eso la señorita Thompson me dejaba ir descalza en clase cuando empezamos sexto.

—Pero ya no estamos en sexto. —Ayesha mira atrás, nerviosa—. Y se van a reír de ti si haces esas cosas.

—¿Qué quiere decir «esas cosas»? —Tally mira fijo a Ayesha—. Me duele un pie. Por eso me lo estoy frotando.

—Me refiero a las cosas que siempre te dejaban hacer en primaria. —La voz de Ayesha suena preocupada—. En la Academia Kingswood no puedes hacerlas. Se van a meter mucho contigo, Tally. La gente de aquí no va a ser amable como nosotras.

Tally abre la boca como si fuera a decir algo, pero entonces la cierra de golpe. Lucy niega con la cabeza.

—Solo te pedimos que no nos hagas quedar mal.

Layla se pone en cuclillas a su lado y le da el zapato.

—Inténtalo, ¿vale? —le susurra—. Todo irá bien.

Tally se sube el calcetín, se pone el zapato y se levanta. Layla es su mejor amiga desde que eran muy pequeñas. Al principio le cayó bien porque el nombre Layla rima con Kayla, que es el nombre más alucinante de todo el universo, pero ahora le cae bien por muchas otras razones. Layla se ríe con las bromas de Tally y la ayuda cuando está confusa y nunca la ha hecho sentirse mal por ser diferente. Es la única que sabe por qué es diferente y nunca se lo ha echado en cara, ni una sola vez.

Layla la entiende.

—¿En qué grupo estaremos? —Lucy ya ha agotado el tema del fallo de Tally con el zapato, lo que resulta un alivio.

—Espero que vayamos las cuatro juntas —dice Layla.

Tally la mira y se pregunta por qué ha dicho eso. Por supuesto que van a estar juntas. Siempre han estado juntas.

—Sería genial. —Lucy dirige una mirada rápida a Tally—. Así podríamos cuidarnos entre nosotras.

—Qué ilusión tener clases de arte de verdad. —Layla coge del brazo a Tally—. Haremos cerámica, jarrones de verdad.

Tally abre la boca, pero Ayesha se le adelanta.

—A mí la cerámica se me va a dar fatal. ¿Os acordáis de eso que hicimos con plastilina en cuarto? ¡Se suponía que era un volcán, pero el profe creyó que era una taza de váter!

Todas ríen. Tally se les une, aunque sabe reconocer un buen chiste y ese no lo ha sido.

—Qué miedo me daba hoy —dice Layla dramáticamente, apretando el brazo de Tally—. No puedo creerme que vayamos a empezar séptimo.

—¿Crees que nos irá bien? —pregunta Lucy mientras contempla el patio—. Algunos de esos tíos son enormes.

Se produce un momento de silencio mientras las chicas se miran entre sí, los ceños fruncidos. A Tally le da un golpe de inspiración. No pensaba mostrar hoy sus nuevos talentos, pero sabe que una distracción puede ser muy efectiva y no le gusta ver preocupadas a sus amigas.

—¿Queréis que os muestre lo que aprendí en el circo? —Se inclina, abre la mochila y mete la mano hasta el fondo—. No puedo enseñaros mi habilidad con el trapecio, pero puedo hacer esto. —Se levanta y les muestra tres frutas—. ¡Preparaos para alucinar con mis fantásticos e increíbles malabarismos!

Y entonces, antes de que nadie pueda decir ni una pa-

labra, lanza al aire una manzana, una ciruela y, por último, un plátano.

—¡Tally! ¡Haces malabarismos de verdad! —grita Layla, y suelta una carcajada.

—¡Es genial! —exclama Lucy, y Tally siente la admiración en su voz.

—¿De verdad has ido a la escuela de circo este verano? —pregunta Ayesha mientras aplaude—. ¡Enséñanos!

—Un verdadero mago nunca revela sus secretos —proclama Tally, y lanza las frutas al cielo. Empieza a cantar un tema circense tan alto como puede y marca el ritmo con el pie mientras sigue con los malabarismos—. *Du du duru du du du duru...*

—Tally, para. —La voz de Lucy de repente suena muy seria, y ya no está contemplando las increíbles habilidades de Tally.

—*Du du duru du du du du du*—sigue cantando Tally como respuesta. No ve que todas han dado un paso atrás.

—Por favor —susurra Ayesha—, deja las frutas.

—¡Aún no habéis visto mi gran final! —Tally sonríe y se esfuerza por ignorar el hecho de que su amiga le esté dando órdenes—. ¡Puedo hacer malabarismos y bailar a la vez! ¡Mirad!

Lanza las frutas tan alto como puede y da un salto

atrás. Va a parar contra un grupo de chicos, que se detienen y se la quedan mirando como si nunca hubieran visto a alguien como ella. Cosa que, la verdad, debe de ser así, ya que sus habilidades con los malabares son de lo más impresionantes.

Las frutas caen al suelo y los chicos se echan a reír. Pero Lucy, Layla y Ayesha ya no lo hacen, aunque hace un momento les encantaba. Ahora están como paralizadas, con los rostros congelados y el ceño fruncido. Tally no sabe si están enfadadas con ella o con los chicos. Justo cuando empieza a erizársele el vello, suena el timbre.

De inmediato, Layla agarra a Tally del brazo mientras Lucy y Ayesha recogen la fruta.

—Vamos —susurra Lucy—. Y mejor que dejes de hacer el payaso, ¿vale? —Le da el plátano y pone una cara exageradamente triste—. Lo siento, ya no está tan apetitoso.

Tally se encoge de hombros. Tampoco pensaba comerse. No es que haya sido del todo culpa de mamá que se lo haya puesto en la fiambrera; ella olvidó decirle que ya no puede comer plátanos, desde que vio un vídeo en YouTube el fin de semana en el que al abrir uno salía una araña de dentro. Está bastante segura de que nunca en su vida va a volver a comerse un plátano.

Vuelve a sonar el timbre y todo el mundo se dirige hacia la puerta principal. Tally coge su mochila y ajusta las tiras antes de echársela al hombro.

—Me voy a perder sin remedio —dice Layla en cuanto empiezan a caminar—. Aquí hay muchísima gente.

—No tengas miedo —le contesta Tally, y tira la fruta a una papelera. Imposible comérsela ahora que ha estado por el suelo. Por mucho que la lavara no iba a quitarle los asquerosos microbios colegiales, y, desde luego, no va a arriesgarse a ponerse mala, eso podría significar tener que ir al hospital. Y el hospital, tan ruidoso, con aquel exceso de luz y los horribles olores, está a la altura del colegio en cuanto a lugares más terroríficos del mundo—. Todos vamos en el mismo barco.

Eso le ha dicho papá por la mañana. No la hizo sentirse mejor. Más bien la molestó un poco: él sabe muy bien que no hay ningún barco que vaya a empezar séptimo en la Academia Kingswood y que las metáforas y los modismos la irritan. Pero la forma en que lo dijo, la sonrisa en su voz, la hizo pensar que quería animarla. También recuerda lo otro que le ofreció papá y que sí la hizo sentir bien, así que tira de Layla hacia sí y la abraza tan fuerte como puede, porque a Tally eso siempre la hace sentirse segura, pase lo que pase.

—Abrazo de oso —dice con un rugido. Intenta sonar ronco y divertido como su padre.

—¡Tally! —Layla se separa con una pequeña risita.

—Todo va a ir bien —le dice Ayesha, cogiéndola del brazo—. Es normal estar nerviosa.

—No, yo solo quería ayudarla... —empieza a replicar Tally, pero Lucy la interrumpe.

—Vamos a estar a tu lado. Y si alguien se pasa contigo va a tener que vérselas con nosotras, ¿sí?

—¡Sí! —repiten las demás.

—Y si alguien te hace *bullying*, dínoslo y nosotras nos encargaremos —continúa Lucy—. Mi hermano me ha contado las cosas que hace aquí la gente y no voy a permitir que nadie te trate mal, ¿vale?

A Tally se le cierra el estómago. Nell le prometió que estaría bien en la Academia Kingswood. Desde luego, no dijo nada de *bullying* o de que la fueran a tratar mal o de «las cosas que hace aquí la gente». No sabe a qué se refiere esto último, pero no suena bien.

Llegan a los escalones y las chicas la rodean. Por un segundo, se imagina que es una famosa con sus guardaespaldas. Así debe de sentirse Taylor Swift cada vez que sale de casa.

—No te preocupes, ¿vale? —La voz de Ayesha suena

débil y un poco temblorosa mientras suben el primer escalón—. Te sentirás perdida y al principio te va a dar un poco de miedo, pero seguro que todos los profesores serán muy amables.

Lucy tiene una expresión molesta.

—No hay nada que temer. —Empieza a subir un poco más lento.

—Estamos contigo. Nadie puede hacerte daño cuando estamos juntas. —Layla le aprieta más fuerte el brazo al llegar arriba.

De repente Tally se encuentra al frente del grupo, abriendo el camino. Se pregunta cómo pueden ser todas tan valientes; lo único que ella quiere hacer, ahora que le han dicho que pueden pasarle cosas que dan miedo y que es posible que se pierda, es correr en la dirección opuesta.

Hay profesores esperando dentro; les indican a todos que vayan al auditorio. Tally se arrima más a sus amigas cuando todo el mundo se mete en el pasillo a empujones. El ruido es insoportable y aprieta fuerte los puños mientras fija la mirada al frente, esperando que si no ve a la multitud aquello le resulte un poco más fácil.

Pero dentro del auditorio no es más fácil. Está a rebosar de alumnos, todos vestidos con el mismo uniforme negro desconocido que ella misma también lleva, y gritando a

pleno pulmón. Tally sigue a Layla y las otras mientras se abren paso a empujones por entre cuerpos y mochilas. Apenas han conseguido encontrar un trocito de suelo libre cuando suena un chirrido que llega desde el fondo de la sala. Es demasiado. Tally se cubre las orejas con las manos, intentando bloquear el horrible sonido, y vuelve la cabeza en dirección a la tarima.

—Sentaos, por favor. —El micrófono vuelve a chirriar y todos gruñen—. ¿Podemos arreglar esto? —El hombre mira a un lado, donde otro profesor se pelea con los controles de sonido—. Muy bien. Me llamo Kennedy. Algunos me reconoceréis, soy el tutor de séptimo. Bienvenidos a vuestro primer día en la Academia Kingswood. Esto es un nuevo principio para todos y, si desde el principio dais lo mejor de vosotros mismos, obtendréis lo mejor de nosotros. Así que trabajad duro, involucraos en la vida de la academia y, sobre todo, responsabilizaos de vuestros actos. —Mira hacia los alumnos de séptimo, ahora mudos—. Tenéis una semana para aprenderos la distribución de la escuela. Espero que todos sepáis adónde vais y entreguéis vuestros trabajos con prontitud. Nada de excusas sobre haberos perdido en el cuarto de material de deporte y tardar una hora en salir, como hizo un imaginativo alumno de séptimo el año pasado.

Alza una ceja y se oyen risas en la sala.

—Ejem. —Kennedy carraspea y la sala vuelve al silencio—. Dentro de un momento, cada tutor va a decir los nombres de sus alumnos. Cuando oigáis el vuestro os dirigiréis hacia él en silencio.

Los profesores, que esperaban en un extremo de la sala, se adelantan. Una maestra empieza a leer nombres.

Lucy es la primera del grupo. Mira con preocupación a las demás y las saluda con un brazo mientras cruza el auditorio, pero no llega ni a la mitad cuando oyen el nombre de Ayesha. Se da la vuelta con una gran sonrisa. Esta ni siquiera mira a Tally y Layla; va a toda prisa hacia Lucy, se dan un abrazo rápido y siguen juntas hasta donde está la tutora esperando con el resto de sus alumnos para irse todos.

—Quizá a nosotras también nos pongan juntas —susurra Layla—. Puede que quieran que todo el mundo vaya con un amigo, ¿no?

Tally se hurga las pieles de las uñas y no contesta. No puede. Tiene la cabeza demasiado ocupada con las palabras del señor Kennedy.

«Tenéis una semana para aprenderos la distribución de la escuela.»

No es muy buena con los lugares nuevos y las direccio-

nes. Imposible memorizar todo el edificio en solo cinco días.

A su lado, Layla de repente coge su mochila.

—Esa soy yo —le dice a Tally—. Cruzo los dedos para que ahora te llamen a ti.

Pero Tally sabe que no lo harán. Ya ha conocido a su nuevo tutor y este sigue contra la pared, muy concentrado hablando con otro profesor. Parecía una persona amable cuando se lo presentaron durante una de sus visitas en vacaciones, aunque eso fue antes de que Tally supiera que ninguna de sus amigas estaría en el mismo grupo que ella.

Ni en sueños hubiera entrado hoy en la academia de saber que iba a quedarse sola.

Observa como Layla camina nerviosa hacia su grupo, la profesora baja el portapapeles con la lista de nombres y se da la vuelta para salir del auditorio. Su amiga la mira con expresión confusa.

Pero en realidad no está ni la mitad de confusa que Tally, sola en aquel lugar, sin nadie que la ayude o que tan siquiera la conozca.

Fecha: Lunes, 1 de septiembre

Situación: Primer día en la Academia Kingswood

Cómo me siento: Asustada y nerviosa y como si se me fuese a tragar la tierra.

Nivel de ansiedad: 9. Diría 10, pero sé por experiencia que aún puede empeorar.

Querido diario:

Hoy ha sido una pesadilla total. Para empezar, era mi primer día en secundaria, que para cualquier niño es su mayor pesadilla pero a mí me resulta aún más horrible: ese enorme auditorio con su eco, demasiados profesores nuevos y aún más chicos nuevos, y los millones de nuevas reglas que aprender, el terror de perderme.

Me quedé como paralizada.

Mi cerebro estaba a reventar de preguntas:

¿Cómo serán los lavabos?

¿Tendrán buenos pasadores?

¿Y qué hay de esos horribles y ruidosos secadores de manos?

¿Y si me equivoco? ¿Por ejemplo, si me pongo a hablar sin darme cuenta y me meten bronca delante de todos?

¿Y si no entiendo bien las instrucciones?

¿Y si un profesor le grita a alguien y yo hago el ridículo tapándome los oídos?

¿Y si no puedo aguantar que me digan lo que hacer y me da miedo y después me da rabia? Eso sería lo peor que podría pasarme en el colegio.

Datos sobre el autismo de Tally: síndrome de evitación extrema de demandas

Resulta que tengo una cosa que se llama *evitación extrema de demandas*. Es un rasgo de mi autismo. A veces lo llaman PDA.

Cuando me lo dijeron la primera vez me imaginé que las letras significaban algo divertido, como Perfectamente Divertida y Alucinante, o Peligrosa, Desesperada y Agobiada, pero en realidad vienen de *Pathological Demand Avoidance*, el nombre en inglés del síndrome. Suena de lo más serio.

Es una gran parte de lo que me pasa en mi autismo. «Evitación extrema de demandas» suena como si las ignorase a propósito, pero en realidad yo no hago nada, así que prefiero llamarlo «ansiedad de demandas». Es lo que hace que no me duche cuando sé que lo necesito. Es lo que me hace gritarle a papá cuando me pregunta cómo me ha ido el día. Cuando alguien me pregunta algo es como si me exigieran una respuesta. El corazón se me dispara y siento como si hubiese perdido todo el control y no puedo responder. La gente cree

que no quiero, pero la verdad es que NO PUEDO y me desespera no poder.

Pros: Ninguno. Lo siento, pero la evitación de demandas no es nada positivo del autismo. Es lo que me hace sentir más culpable porque es la parte que estresa a mamá y a papá.

Contras: A veces mi ansiedad de demandas evita que haga cosas que me gusta hacer. Por ejemplo, si mamá me dice que si me visto ya podemos ir a un Starbucks, me lo pierdo. Mamá y papá pueden ayudarme cuidando mucho su tono de voz e intentando no pedirme cosas directamente, pero les resulta muy difícil recordarlo siempre, sobre todo cuando están ocupados o estresados.

Imagínate cómo es el colegio para mí. En un solo día de clases se me piden más cosas que en cualquier otro aspecto de mi vida: estate en silencio, contesta esta pregunta, deja de moverte, haz cola aquí. No puedo hacer lo mismo que en casa. El miedo a que me vean así me hace comportarme como una niña «obediente», pero siempre siento miedo a que me descubran. Imagínate lo que es llevar cada día un nudo de ansiedad y miedo. Y ahora intenta aprender álgebra mientras lidias con todo eso.